

Como una larga tarde de domingo.

El verano agonizaba ya sobre el asfalto de Madrid. El tráfico se volvía cada vez más denso y el reloj más apremiante, mientras las hojas de algunos árboles empezaban ya a impregnarse con el tono amarillento del otoño, como si un barniz de añoranza se extendiera lentamente por las calles. Sin embargo, en mitad del paso de peatones en la calle Serrano frente a la Puerta de Alcalá, cada vez que el tráfico se detenía por el semáforo en rojo, una pareja destacaba por su entusiasmo.

Aún rondaban los veinte años. Ella, con las mejillas ruborizadas con colorete y salpicadas con pecas postizas, lucía una chistera negra de la que sobresalían dos trenzas rubias, una chaqueta azul llena de remiendos, en cuya espalda podía leerse “sonríe” garabateado con aerosol fosforescente, pantalones de pitillo amarillos, rematados por fuera con unos calcetines a rayas rojas y blancas, y unos zapatos desvencijados de charol. Y él, además de un bombín negro, vestía un chaleco naranja sobre una camiseta verde, pantalones bombachos rojos, y botines con hebillas doradas.

Con precaución para no entorpecer a los peatones que cruzaban la calle a toda prisa, empezaban por entreverar en el vacío cinco mazas cada uno por separado, a gran velocidad, pasándolas también por debajo de una pierna doblada o manteniéndolas en equilibrio por un instante sobre una rodilla o en un hombro; ejecutando malabares cada vez más intrincados, sobre todo ella, pues había momentos en los que él aún titubeaba. Después se colocaban de frente, y procurando mantener la sincronización sin reducir el ritmo, intercambiaban las mazas de manera continua, formando dos arcos efímeros. Y al final, tras sujetar las mazas debajo de los brazos y entre las piernas, terminaban haciendo una venia. Ni siquiera la indiferencia o el gesto malhumorado de la mayoría de sus espectadores forzosos, y menos aún las escasas monedas que conseguían recolectar en la chistera y el bombín, les hacía encoger la sonrisa.

Se habían conocido por casualidad al principio de aquel mismo verano en el parque del Retiro, y desde entonces a menudo no sabían precisar con certeza en dónde terminaba la piel del uno y empezaba la del otro. Pese a sus

diferencias eran curiosamente compatibles. A ella, espontánea y risueña, despreocupada pero independiente por completo, no le importaba que la incertidumbre dominara su vida, se dedicaba tan solo a subsistir; y él, en cambio, dubitativo y cauteloso, vivía sobre todo para perseguir el futuro promisorio que desde la infancia le venía imponiendo su familia.

Ella enseguida había significado una revolución para él, hasta llegar incluso a contagiarle su última ocurrencia: recorrer buena parte de Europa costeándose sobre todo con los malabares, aunque tuvieran que ingerir solo conservas y dormir en albergues o en estaciones de tren. Así que llevaban algunas semanas practicando en secreto, y desde hace poco también en aquella esquina; intentando recolectar todo el dinero posible antes de partir aquella misma noche.

Sin embargo, cuando el día ya declinaba por completo, y ambos empezaban a recoger en la acera sus mochilas para encaminarse hacia la estación de Atocha, de pronto, él se detuvo. ¿Aquella era realmente la vida que deseaba tener? Sabía que aquella incertidumbre no sería eventual para ella, que no le inquietaba vivir así; que mientras él temía constantemente no alcanzar su futuro previsto, a ella sobre todo le importaba el presente. Las dudas que lo acechaban desde hace días, fermentadas sobre todo por el temor a decepcionar a su familia, acababan de embestirlo de manera incontenible hasta demoler su convicción. No quería perderla, pero sabía que tarde o temprano tendría que ocurrir, que sus aspiraciones eran demasiado distintas; de modo que, con las piernas temblando, como si su cuerpo se negara a obedecerlo, se acercó hasta ella, la besó y susurró a su oído:

—No puedo...

Ninguna palabra más. Ella tampoco replicó; solo terminó de recoger su mochila a toda prisa, dio media vuelta y se marchó hacia la estación, con los ojos anegados, pero sin mirar atrás. Ambos sabían que a veces, ante algunos dilemas, cualquier duda es ya una respuesta.

Y el tiempo se escurrió. Días interminables y años breves debido a la rutina; una vida premeditadamente sosegada, similar a una larga tarde de domingo.

Él nunca volvió a saber nada de ella; tan solo le quedó de su estela el chaleco naranja, los pantalones bombachos rojos, el bombín y las mazas.

A partir de aquella despedida, él había tenido su futuro previsto: universidad, novias, trabajo, hipoteca, mujer con un futuro previsto también, hijos, los fines de semana con la lista de la compra, la limpieza de casa y del coche, la comida con algún familiar, y el sexo más prolijo, las vacaciones de verano a lugares cada vez más exóticos, pero sin viajar realmente, limitándose solo a permanecer dentro del decorado dispuesto para los turistas. Y no se arrepentía. Tenía la certeza de que había escogido la mejor manera de vivir para él, de que aquella otra vida incierta tarde o temprano habría terminado por desencantarlo, sobre todo porque cada vez que recordaba la última tarde compartida con ella, aparentemente colmada de esplendor antes de que las dudas terminaran de doblegarlo, también había instantes en los que percibía lo que realmente había sido, su verdadero patetismo: una pareja joven vestida con harapos confeccionados por ellos mismos, casi sin dinero, jugando ingenuamente a ser dueños por completo de sus vidas.

Sin embargo, en su memoria, aquella última tarde frente a la Puerta de Alcalá enseguida volvía a brillar, y lo atormentaba saber que a medida que los años siguieran agotándose, a medida que la posibilidad del final de sus días siguiera fraguando hasta convertirse ya en una certeza, brillaría cada vez más, solo porque se había negado la oportunidad de equivocarse. Porque mientras el futuro previsto muy pocas veces nos satisface por completo, se diluye en su propia monotonía, el recuerdo de las experiencias inciertas que hemos anhelado vivir con fervor, pero no nos atrevimos, nunca se empaña, ni se olvida.

Cada vez que recordaba aquella última tarde, los malabares se le daban mejor...